

# El delegado y los cónsules: diplomacia y equilibrio

## (José Martí en el Oriente cubano, abril-mayo de 1895)

### *The delegate and the consuls: diplomacy and equilibrium. (Jose Marti in eastern Cuba, April-May 1895)*

Paul ESTRADÉ

Universidad de París VIII  
Centro de Historia de las Antillas Hispánicas (HAH)  
[paul\\_mouny.estrade@wanadoo.fr](mailto:paul_mouny.estrade@wanadoo.fr)

Recibido: 5 de abril de 2003

Aceptado: 20 de junio de 2003

#### RESUMEN

Se expone cuál fue, respecto a los intereses extranjeros (EEUU, Inglaterra, Francia, Alemania), el comportamiento de José Martí al desembarcar en Cuba apenas iniciado el alzamiento de 1895. Explicó que la revolución aspiraba a la plena soberanía de la nación pero respetaba la vida y la propiedad extranjeras. Declaró abierto el país al comercio libre mundial, por lo que se ponía término al monopolio español y se impedía el establecimiento de otro monopolio (estadounidense). Tácticamente, neutralizaba la propaganda enemiga. Estratégicamente, procuraba alcanzar un estado de equilibrio internacional, garantía futura de independencia, paz y prosperidad para las Antillas liberadas en el «cruce del mundo».

#### PALABRAS CLAVE

Martí  
Cuba  
Independencia  
Diplomacia  
Equilibrio  
Comercio

#### ABSTRACT

In this paper is exposed how José Martí behaved concerning foreign interest (USA, Great Britain, France, Germany) when he disembarked in Cuba at the right beginning of the uprising. Martí explained that the revolution aspired to complete national sovereignty but respected foreigners' live and ownership. He declared the country open to free world trade, which implies the end of the spanish monopoly and the impossibility for another one (United States, obviously). Tactically, he neutralized the enemy propaganda. Strategically, he tried to build an equilibrium between foreign states in that region, as a future guarantee for independence, peace and prosperity for the free West Indies, this world crossroads.

#### KEY WORDS

Martí  
Cuba,  
Independence  
Diplomacy  
Equilibrium  
Trade

**SUMARIO** 1. Introducción. 2. Los intereses extranjeros. 3. La Revolución y los extranjeros. 4. Martí y los cónsules residentes en Oriente. 5. Martí y los periodistas del *World* y del *Herald* (New York). 6. «Casa amiga y comercio libre al género humano».

## 1. Introducción

Desde que nos dedicamos a estudiar el pensamiento de José Martí, venimos insistiendo en la necesidad de incluir en ese estudio, como elemento fundamental y tal vez distintivo, el estudio de su praxis social y de su acción política. Tanto por concepción filosófica, por principio metodológico<sup>1</sup>, como por respeto a las repetidas declaraciones del propio Martí. Sin tomarlas al pie de la letra, no podemos ignorarlas. No debemos olvidar que consideró más importantes sus actos que sus palabras.

Por eso, tratándose de su idea de equilibrio del mundo, del mismo modo que no se puede entender su idea de equilibrio interno de la sociedad sin examinar a la vez su práctica real de dirigente del Partido Revolucionario Cubano (PRC), no se podrá comentar su idea de equilibrio internacional entre las potencias rivales sin buscar cómo, desde los puestos que ocupó, trabajó por alcanzar, aunque fuera temporal y parcialmente, tan anhelado equilibrio.

Un día, precisamente, estudiamos su acción en el seno de la Comisión Monetaria Internacional Americana reunida en 1891 en Washington<sup>2</sup>. Allí, como cónsul del Uruguay, desarrolló una acción discreta para conseguir que prevaleciese en la América Latina cierto equilibrio monetario e impedir así la sujeción del continente al billete verde.

Aunque las actividades de Martí como cónsul de otros estados latinoamericanos (Argentina, Paraguay) requieren, ciertamente, en esa óptica un nuevo examen, no nos detendremos hoy en la labor equilibradora del cónsul Martí, sino en la intervención armonizadora de Martí, delegado electo del PRC, ante los cónsules extranjeros residentes en el Oriente cubano al inicio de la guerra de 1895.

Martí sabía que un cónsul no es un embajador, pero obviamente, en tiempos de la colonia, en Cuba no había embajadores sino cónsules.

Dada la peculiar e importante situación de Cuba, los cónsules —y especialmente los cónsules generales instalados en La Habana— no sólo tramitaban los habituales asuntos burocráticos sino que transmitían al gobierno del país que representaban las informaciones económicas, comerciales, y también políticas, que juzgaban pertinentes. La regla era que se comunicaran con el embajador del país acreditado en Madrid, aunque a veces, por las circunstancias, algunos escribían directamente al ministro de Relaciones Exteriores<sup>3</sup>.

## 2. Los intereses extranjeros

Realmente en 1895 eran cuatro las potencias, con representación consular, que disponían de fuertes intereses en la isla: Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y Alemania. Esa situación se remontaba, salvo en el caso alemán, a principios del siglo XIX cuando Cuba con sus azúca-

---

<sup>1</sup> Véase al respecto la introducción a nuestra tesis doctoral (1984), vertida al español y hecha libro: *José Martí. Los fundamentos de la democracia en Latinoamérica*. Aranjuez. Doce Calles. 2000.

<sup>2</sup> Estudio de 1971 publicado en español en *José Martí, militante y estratega*. La Habana. Ciencias Sociales. 1983.

<sup>3</sup> Éste fue el caso del cónsul francés de Santiago, una vez encendida en Oriente la guerra del 95.

res, su café y su tabaco se abrió al comercio mundial, y cuando la metrópoli se reveló incapaz de abastecer el mercado interno de su colonia antillana. De los 96,73 millones de pesos que Cuba gastaba en las importaciones, 55, 23 iban a los cuatro países mencionados. De los 118,40 millones de pesos que significaban las exportaciones cubanas, 101,34 millones de pesos correspondían a compras hechas por esos mismos países. El dominio del comercio estadounidense era abrumador, particularmente, en el sector de las exportaciones cubanas<sup>4</sup>.

### Balanza comercial de Cuba en 1894

Países	Importaciones*	Exportaciones*
España	33.573	10.461
Estados Unidos	38.507	97.743
Gran Bretaña	10.889	1.663
Francia	4.332	1.297
Alemania	1.500	641
Otros países	7.926	9.999

\* En miles de pesos.

En cuanto a las inversiones directas extranjeras, siempre más difíciles de medir, no existe hasta hoy un estudio estadístico serio que permita evaluarlas con seguridad ni siquiera establecer el rango respectivo de los países inversionistas. Lo más probable es que los Estados Unidos no ocuparan entonces el primer puesto, ciertamente superados por los capitalistas ingleses y franceses. El secretario de estado Olney estimó en unos 50 millones de dólares el valor total de las inversiones norteamericanas<sup>5</sup>. De la importancia de las inversiones británicas, francesas y alemanas al inicio de la guerra dan una idea las reclamaciones de esas tres potencias por los daños sufridos por sus ciudadanos en el transcurso de la contienda. Al final, al Estado cubano reclamaron el Estado francés 19 millones de francos (169 reclamaciones), el británico, 7 millones (20 reclamaciones) y el alemán, 5 millones (10 reclamaciones), o sea en total unos 6 millones de dólares<sup>6</sup>.

Eran más bien contados los extranjeros en Cuba en 1895, exceptuados los españoles. Y de nuevo comprobamos que las mayores colonias eran las procedentes de Francia, Inglaterra,

<sup>4</sup> Concretamente, según la *Balanza general del comercio de la isla de Cuba en 1894*. La Habana. Imprenta del Gobierno, Capitanía General, 1895, el intercambio (en miles de pesos y cifras redondas) era el que se ofrece en el cuadro.

<sup>5</sup> En su informe del 7 de diciembre de 1896, citado por Jenks, Leland H.: *Nuestra Colonia de Cuba*. Madrid. M. Aguilar. 1929, p. 52.

<sup>6</sup> Carta del embajador francés al ministro de asuntos extranjeros de Francia. La Habana, 20 de junio de 1910. París. Archivo diplomático del Quai d'Orsay, CP, NS, Cuba, vol. 10.

Alemania y Estados Unidos, siendo la primera, por razones históricas, la de mayor arraigo, aunque no superaba los 3.000 individuos.

En Oriente, donde prendió la revolución del 95 y desembarcaron en abril Martí, Gómez, Maceo, Crombet, etc., los intereses extranjeros estaban presentes en casi todos los sectores económicos, concentrándose en esa región los franceses y los estadounidenses. Éstos y los británicos controlaban las minas de hierro, manganeso y cobre. Los franceses poseían varios ingenios (zona de Guantánamo) y muchos cafetales (zonas de Santiago, Hongosolongo, Ramón de las Yaguas). Otros ingenios eran propiedad de dueños ingleses o estadounidenses. La producción de cacao y plátanos dependía en gran medida del capital y del mercado de Estados Unidos. En la del tabaco los alemanes habían logrado comprar fábricas y marcas, y menudeaban los vaivenes de sus barcos mercantes. Los comerciantes de los cuatro Estados rivalizaban en Santiago con los catalanes, aunque todavía sin éxito.

Semejante situación queda plasmada en la elevada cantidad de consulados y agencias consulares distribuidos por la provincia oriental. No sólo Santiago cuenta con consulados extranjeros, sino también Guantánamo, Baracoa, Manzanillo. Al empezar la guerra y las exacciones de los guerrilleros, va aumentando con rapidez el número de extranjeros que acuden a registrarse al consulado de su país, en busca de una eventual protección ulterior<sup>7</sup>.

### 3. La Revolución y los extranjeros

Basta hojear *Patria*, entre 1892 y 1895, para enterarse de la posición del PRC sobre cuál sería la política de la República democrática cubana, tanto durante la guerra como después de conquistada la independencia absoluta, en relación con las naciones del mundo. Dicha conducta se hace pública en el Manifiesto de Montecristi (25 de marzo de 1895). Con las rúbricas de Martí y Gómez adquiere valor de compromiso solemne.

Aunque dicho Manifiesto va dirigido ante todo a los españoles de la isla y repite que éstos serán tratados como cubanos si «neutrales y honrados» no obstaculizan la Revolución, evoca en breves ocasiones las relaciones de la Cuba independiente con el mundo «respetuoso». Serán las de «un pueblo libre, en el trabajo abierto a todos, enclavado a las bocas del universo rico e industrial». La revolución ha decidido abrir a Cuba

«franca para todos los hombres al mundo nuevo». «En la guerra inicial se ha de hallar el país maneras tales de gobierno que a un tiempo satisfagan [...] las condiciones requeridas para la ayuda y respeto de los demás pueblos». «La guerra de independencia de Cuba, nudo del haz de islas donde se ha de cruzar, en plazo de pocos años, el comercio de los continentes [...] [ha de

---

<sup>7</sup> Caso típico: el de la agencia consular francesa de Guantánamo donde en 1894 se matricularon cuatro nuevos residentes franceses, mientras en los seis primeros meses de 1895, fueron 60 los nuevos individuos inscritos allí. París. Archivo diplomático del Quai d'Orsay, CCC, Santiago.

llevar a] la creación de un archipiélago libre donde las naciones respetuosas derramen las riquezas que a su paso han de caer sobre el crucero del mundo».<sup>8</sup>

Establecimiento de buenas relaciones con todos los pueblos «respetuosos», amplia libertad comercial, apertura del mercado cubano, tales son las líneas de una Revolución que combate un gobierno colonialista, un sistema explotador, un régimen monopolístico, pero que no desea sufrir ni imponer otro tipo de monopolio y rechaza la xenofobia.

Por ello, ya empezada la guerra, las consignas de la dirigencia revolucionaria —Martí y Gómez— van encaminadas hacia un respeto escrupuloso de las personas y los bienes extranjeros radicados en Cuba. La «Circular a los jefes y oficiales» del 14 de mayo de 1895 les recomienda «una especial benignidad» para con las propiedades extranjeras, «siempre que no den auxilio conocido y voluntario al enemigo»<sup>9</sup>.

Es bien conocida esa benévola disposición de la revolución. Desde su raíz, tanto por su humanismo fundamental como por su concepción estratégica unitaria, proclamó ser ajena al odio, a la venganza, a la violencia ciega. Mientras tanto, Martí no renunció a alertar sobre los peligros que desde fuera se cernían sobre Cuba. No se había disuelto por malabarismo el carácter dañino del saqueo promovido por el capital extranjero incontrolado, del latifundio terróro, de los tratados comerciales desiguales, que seguían siendo costumbres e instrumentos contrarios a la independencia nacional y la justicia social. De 1892 data su agria observación sobre la existencia en Filadelfia de «intereses muy valiosos, y para Cuba infecundos en la extracción y transporte de la riqueza mineral del Departamento Oriental de Cuba»<sup>10</sup>. De 1893 su famosa crítica al latifundio en Cuba y su exhortación a destinar la tierra a quien la trabaje: «Ancha es la tierra en Cuba inculta, y clara es la justicia de abrirla a quien la emplee, y esquivarla de quien no la haya de usar»<sup>11</sup>. De 1894, al enfocar el caso hondureño, su crítica global a la explotación del suelo y subsuelo americano por parte de la «gente rubia» del Norte<sup>12</sup>.

En *Patria* fue donde, analizando ese caso de entrega, triste e imprudente, define cómo habrá de proceder la república cordial y sensata:

Todo trabajador es santo y cada productor es una raíz; y al que traiga trabajo útil y cariño, venga de tierra fría o caliente, se le ha de abrir hueco ancho, como a un árbol nuevo; pero con el pretexto del trabajo, y la simpatía del americanismo, no han de venir a sentársenos sobre la tierra, sin dinero en la bolsa ni amistad en el corazón, los buscavidas y los ladrones<sup>13</sup>.

<sup>8</sup> Manifiesto de Montecristi, 25 de marzo de 1895. Martí, José: *Obras Completas*. La Habana. Editorial Nacional de Cuba. 1963-73. t. IV, pp. 93-101. En adelante: *OC*.

<sup>9</sup> *OC*, t. XXVIII, p. 494.

<sup>10</sup> *OC*, t. II, p. 149.

<sup>11</sup> «El Partido Revolucionario Cubano a Cuba», *Patria*, 27 de mayo de 1893; *OC*, t. II, p. 346.

<sup>12</sup> *OC*, t. VIII, p. 36.

<sup>13</sup> *Patria*, 15 de diciembre de 1894.

Estas posiciones esenciales de defensa de la soberanía nacional y de reorganización de las relaciones internacionales sobre bases más equitativas, siguen válidas al desembarcar Martí y Gómez en el Oriente alzado en abril de 1895. Pero estas posiciones si pueden orientar, no pueden dictar la línea de acción diaria de la revolución. Sus adalides están en la urgente obligación de tomar medidas concretas respecto a las personas y las propiedades extranjeras ya establecidas, bien su presencia sea o no deseada. También deben anunciar cuál será la política de la república respecto a las relaciones económicas y comerciales que establezca con las potencias, en principio «amigas» en su totalidad, pero cuya amistad real hay que ganar.

Lo importante en los primeros meses de consolidación de la insurrección es unir dentro y neutralizar fuera, es cuidar intereses dispares pero no antagónicos y sumar fuerzas, es portarse bien con la población, cubana, española y extranjera, puesto que «el peor enemigo de Cuba es el que por su abuso o su maltrato le quita a Cuba servidores, y se los da a España»<sup>14</sup>.

#### 4. Martí y los cónsules residentes en Oriente

Después de su desembarco en Playitas el 11 de abril de 1895 y de su internamiento, siempre escoltado por Gómez y sus cuatro compañeros de odisea, por las estribaciones y las selvas baracanas, Martí llega a las tierras de la jurisdicción de Guantánamo al cabo de dos semanas, durante las cuales descubre la vegetación y el pueblo oriental; se le unen entusiastas destacamentos de mamabises y experimenta su bautismo de fuego. Bajo la custodia de las fuerzas seguras y amistosas del general José Maceo, José Martí y Máximo Gómez acampan por varios días —de descanso, correo y organización de la campaña— en Filipinas, «a pocas leguas de Guantánamo acobardado»<sup>15</sup>.

Del *Diario de campaña* de Martí, se deduce que estuvo allí del 26 o 27 de abril al 1.º de mayo, pasando largas horas, días enteros y hasta noches «de continua vela» para redactar correspondencia, circulares y manifiestos. «No he levantado de mi tablón de palma la cabeza», escribe jubiloso a sus colaboradores en Nueva York.

Aprovecha el alto para comunicarse con las autoridades consulares de Gran Bretaña y de Alemania en la zona. En inglés, con fecha de 27 de abril escribe al agente consular británico en Guantánamo y al cónsul alemán en Santiago de Cuba<sup>16</sup>. El motivo y el texto de las dos cartas son distintos pero el propósito es idéntico.

Un incidente dramático, en el cual había muerto un súbdito inglés, un marinero de la goleta «Honor», motiva la primera carta<sup>17</sup>. Como el autor casual de la muerte es un patriota cubano, cuyo nombre Martí no disimula, el delegado del PRC explica las gestiones emprendidas en

<sup>14</sup> OC, t. XXVIII, pp. 492-493.

<sup>15</sup> Carta a Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra, Filipinas, 30 de abril de 1895, OC, t. IV, p. 142.

<sup>16</sup> En el citado *Diario* de Cabo Haitiano a Dos Ríos, Martí sólo evoca la «nota al gobierno inglés, por el cónsul de Guantánamo, incluyendo la declaración de José Maceo sobre la muerte, casual, de un tiro escapado de Corona, de un marino de la goleta *Honor*, en que vino la expedición de Fortune Island», pero aparece escrita el día 28 de abril. OC, t. XIX, p. 226.

<sup>17</sup> OC, t. IV, pp. 138-140, donde vienen la carta en inglés y su traducción al español.

seguida para conocer los hechos. Manda al cónsul el informe de José Maceo sobre las circunstancias del lance fatal, donde se concluye que fue accidental. Sin embargo, al rogar al cónsul que remita al ministro de Relaciones Exteriores de Londres dicho informe, Martí le ofrece la colaboración de los cubanos testigos del incidente para que la parte británica prosiga la investigación del caso, si quiere.

La carta al señor Schumann, cónsul de Alemania en Santiago de Cuba, obedece a la necesidad impostergable de contrarrestar la propaganda española<sup>18</sup>. A raíz del reciente enfrentamiento entre tropas cubanas y españolas en tierras guantanameras, el alto mando colonial propalaba la especie de que los cubanos eran unos desmandados forajidos que no respetaban nada. Martí le expresa a Schumann que esto es un puro y malintencionado invento; que los cubanos insurrectos son civilizados, que la revolución se está organizando y disciplinando, que en ella impera la ley, que tiene altos principios morales de respeto a la vida y los bienes, que la propiedad privada, en especial la de los extranjeros, es sagrada<sup>19</sup>.

Pensamos que otra carta, hasta ahora perdida, fue enviada entonces por Martí a algún agente consular de Francia, lo más probable, en nuestra opinión, al de Guantánamo, el señor Labarraque. No hemos encontrado huella de esa hipotética correspondencia por los archivos diplomáticos franceses, pero estamos convencidos que debió existir. ¿No serían extensivas al agente de la mayor potencia económica extranjera de la zona agrícola de Guantánamo las razones que movieron a Martí a aclarar la filosofía y práctica de la guerra republicana incipiente al representante alemán?. Tres grandes ingenios de propiedad francesa molían caña en la jurisdicción de Guantánamo, y el propio Labarraque poseía varias caballerías de caña. Por las lomas florecían numerosos cafetales franceses. La misma colonia francesa de Guantánamo, con un centenar de miembros, ostentaba orgulosamente su republicanismo<sup>20</sup>, y algunos de ellos, Labarraque inclusive, no tardarían en simpatizar con el movimiento independentista. De modo que si Martí escribió al cónsul alemán, sobradas razones tenía, estando en Guantánamo, para dirigirse al agente consular francés en la ciudad o al cónsul francés en Santiago.

¿Qué dijo en esencia a los cónsules británico y alemán, más allá de la inmediatez circunstancial, que realmente fue el pretexto? Tres ideas básicas asoman.

Primero, esta revolución es la obra cuerda de una gente civilizada, una obra llevada a cabo por un ejército disciplinado y un gobierno civil que acatan la ley y cuyo mandato descansa en la elección. Segundo, la república instaurada por la guerra de independencia abrirá los brazos «a la laboriosidad del mundo», o sea a los trabajadores, al capital y a las mercancías disponibles

<sup>18</sup> Descubierta en Bonn por el professor Martin Franzbach, esta carta ha sido publicada, sin ser traducida, en el *Anuario del Centro de Estudios Martianos (ACEM)*. La Habana. n.º 22, 1999, pp. 9-10.

<sup>19</sup> «The property of foreigners is to us sacred and shall always be, unless it loose its rights by helping or abetting the enemy». *Ibidem*.

<sup>20</sup> Prueba de ello es la celebración pública de la fiesta del 14 de julio bajo la colonia.

en el mundo<sup>21</sup>. Tercero, la propiedad privada extranjera que esté en Cuba, de no abastecer al enemigo, será respetada.

### 5. Martí y los periodistas del *World* y del *Herald* (New York)

Llama la atención el hecho de que el delegado del PRC se haya comunicado con los gobiernos de Inglaterra, Alemania y, presuntamente, de Francia, cuando no hay indicio de que estimara oportuno dirigirse también al gobierno de Estados Unidos, pese a los fuertes intereses y la representación de este país en Oriente. Suponemos y explicamos su probable silencio por las consideraciones siguientes. En Nueva York queda, compuesto por Quesada, Guerra, Estrada, Fraga, Figueroa, etc., un grupo muy enterado del fin y espíritu de la guerra, que comparte la visión martiana de las futuras relaciones de Cuba con el mundo. En Cuba libre, mientras no esté constituido el gobierno, será imprudente entrar en relaciones que impliquen negociaciones ambiguas y será desatinado brindarle a España argumentos contra los cubanos acusados de actuar bajo protección extranjera. El mundo entero entendía que Inglaterra, Alemania y Francia, no obstante sus intereses en Cuba, no tenían la intención de arrebatarle Cuba a España; pero harto se sabía que el gobierno de Washington abrigaba tal voluntad. Muy difundida, particularmente por la diplomacia española, era también la opinión que detrás de los insurrectos andaban los Estados Unidos. No convenía a Martí que cundiese más.

Por eso pensamos que el delegado adoptó con Estados Unidos una conducta distinta de la empleada con las demás potencias, cuya comprensión presente y cuyo apoyo posterior necesitaba la revolución. En lugar de dirigirse al gobierno por conducto de algún cónsul se dirige al pueblo norteamericano, mediante la prensa, como ya lo hiciera estando en Nueva York en marzo de 1889 para desbaratar entonces la idea de anexión<sup>22</sup>. Ayuda concreta y discreta, solidaridad popular masiva son preferibles, sin lugar a dudas, a cualquier compromiso, por oficioso que sea, con autoridades norteamericanas, por modestas que sean.

Apenas llegado al campamento de Filipinas, José Martí se preocupa por la introducción de armas y parque. Encuentra en el ciudadano norteamericano William Kilpatrick, administrador de la mina «Firmeza» en Juraguá, al hombre idóneo por su puesto y su disposición. La carta que le escribe, con fineza y tacto, es de hombre a hombre, fundada en el deber, circunscrita al servicio personal, sin promesa de recompensa, sin mención de su ciudadanía. Tal tráfico debe ser establecido a escondidas de España y de Estados Unidos.

A los dos meses de iniciada la guerra, la presencia en la manigua de dos periodistas norteamericanos le da a Martí la oportunidad de aclarar los propósitos de la revolución. A través del corresponsal del *New York World*<sup>23</sup>, cuya identidad ignoramos, contesta la pregunta que le hace el director sobre las bases de una negociación de paz y las posibilidades de una indemnización

<sup>21</sup> Cuba, « a Republic free to accept the self helping assistance of the working hands and the unoccupied capital of the world » (carta al consul alemán, *ACEM*, n.º 22, 1999, p. 10).

<sup>22</sup> Carta del 21 de marzo de 1889 al director de *The Evening Post*, New York, *OC*, t. I, pp. 236-241.

<sup>23</sup> Según suponen los editores de las *Obras Completas*, pudiera tratarse de William Shaw Bowen.



a España y de un arbitraje estadounidense<sup>24</sup>. Cierra la entrevista esta advertencia de Martí, firme y diplomática a la vez:

No vemos [inconveniente] en que los Estados Unidos intervengan con carácter de árbitros o de amigos officiosos en las negociaciones, siempre que eso no suponga para la Isla de Cuba el sacrificio de su soberanía.

Bryson, corresponsal del *New York Herald*, se queda dos días con Martí, informándole, dialogando con él mientras el delegado, solicitado por el periodista, redacta con esmero un largo manifiesto<sup>25</sup>. En el día 2 de mayo, apunta en su *Diario*: «nos habíamos ido a la hamaca, cuando llega, con caballería de Zefi, el corresponsal del *Herald*, George Eugene Bryson. Con él trabajo hasta las 3 de la mañana». Para el día siguiente precisa: «Trabajo el día entero, en el manifiesto al *Herald*, y más para Bryson». Comienza su relato del día 4 por un lacónico «se va Bryson»<sup>26</sup>. El periodista volvía al Norte con las declaraciones de Martí.

Tres de ellas son conocidas, pero sólo una presenta un carácter oficial —el aludido manifiesto—. Las otras dos pretenden recoger el parecer unánime de Martí y otros jefes, pero sin citarles de manera expresa ni atribuir a cada cual lo que le correspondía<sup>27</sup>. Por las condiciones en qué fueron divulgadas, tampoco se les puede conceder una confianza absoluta. En cambio, el manifiesto a los lectores del *Herald* lleva la impronta inconfundible de Martí, aunque lo firmaron «entrambos a dos» Martí y Gómez<sup>28</sup>.

Por su riqueza, este manifiesto debe recordarnos que la exposición cabal de las causas, métodos y metas de la guerra de independencia no se limitó, bajo la pluma de Martí, al llamado Manifiesto de Montecristi. Tanto brilla, brilla tanto, el Manifiesto de Jarahueca como el de marras. Permítaseme extraer de aquél dos párrafos en relación con el tema estudiado:

A la boca de los canales oceánicos, en el lazo de los tres continentes, en el instante en que la humanidad va a tropezar a su paso activo con la colonia inútil española en Cuba, y a las puertas de un pueblo perturbado por la plétora de los productos de que en él se pudiera proveer, y hoy

<sup>24</sup> «Al Señor Pulitzer, propietario de *The New York World*». Cerca de Guantánamo, 26 de abril de 1895, OC, t. XXVIII, pp. 477-478.

<sup>25</sup> Conversaciones evocadas en la carta inconclusa de Martí a Mercado, del 18 de mayo de 1895, OC, t. IV, p. 168.

<sup>26</sup> OC, t. XIX, pp. 227-228.

<sup>27</sup> Una salió en *Patria*, New York, 18 de mayo de 1895, p. 3, que dijo reproducirla de un periódico de la ciudad (¿*Herald*?). En ella se expone en síntesis que Martí, Gómez y Maceo se oponen a la anexión (tanto a EEUU como a las Indias Occidentales británicas: linda jugada diplomática) y que ofrecen a EEUU «la libertad de comercio a cambio de protección» (aseveración dudosa).

Otra se deduce de un mensaje al *Herald*, que G.E. Bryson mandó desde Santiago de Cuba, el 5 de mayo, en el cual se refiere a la entrevista hecha la víspera en Jarajueco a Martí, Gómez, Antonio y José Maceo, quienes, entre otros puntos, ratificaron que rechazaban la anexión a los EEUU y que consideraban la propiedad de los extranjeros como sagrada. Los espías españoles cogieron el despacho; yace en el Archivo General Militar de Segovia, España.

<sup>28</sup> «Señor Director del *New York Herald*», 2 de mayo de 1895, OC, t. IV, pp. 151-160.

compra a sus tiranos, Cuba quiere ser libre, para que el hombre realice en ella su fin pleno, para que trabaje en ella el mundo, y para vender su riqueza escondida en los mercados naturales de América, donde el interés de su amo español le prohíbe hoy comprar. [...] Plenamente conocedor de sus obligaciones con América y con el mundo, el pueblo de Cuba sangra hoy a la bala española, por la empresa de abrir a los tres continentes en una tierra de hombres, la república independiente que ha de ofrecer casa amiga y comercio libre al género humano<sup>29</sup>.

## 6. «Casa amiga y comercio libre al género humano»

Sin entrar a glosar detalladamente el contenido de esta carta-manifiesto, destinada al pueblo norteamericano, ni volver sobre las expresiones de cordialidad que permean las cartas a los cónsules británico y alemán, podemos tratar de formular algunas ideas sobre los primeros pasos diplomáticos dados por el delegado del PRC, de hecho el jefe y portavoz más autorizado de la república en armas, en conformidad con su estrategia de lucha por la independencia y de reequilibrio del mundo.

La primera observación que se nos ocurre es que estos primeros pasos concretos obedecen a consideraciones tácticas. Desde el Manifiesto de Montecristi la revolución no ha podido expresarse. Nada más eficiente para desvanecer las dudas esparcidas por España sobre la realidad del levantamiento, la presencia de los jefes en Cuba, la existencia de un movimiento organizado, que estas cartas a unos destinatarios extranjeros que han de sonar como un mentís imposible de acallar. (Aquí más de uno pensará en el alcance de cierta famosa entrevista al comandante Fidel Castro realizada en la Sierra Maestra en febrero de 1957). La iniciativa tiene además una doble ventaja. Por un lado permite afirmar ante el mundo, mientras se constituya el gobierno cubano, que Cuba goza ya de una autoridad central, responsable y pronta a reaccionar. Por otro lado, al firmar solo las cartas a los cónsules cuando podían bastar las explicaciones del jefe militar encargado de la zona, José Martí proporciona la prueba, válida para fuera y para dentro, de que son los civiles quienes mandan. Estos primeros pasos crean las condiciones iniciales para que Cuba libre pretenda luego ser reconocida por las cancillerías.

Al exponer las razones geográficas y económicas que le llevan a pensar que pronto Cuba independiente se hallará en el cruce del mundo y lo convertirá en «cruce amigo» (carta al *Herald*); y al actuar pronta y sigilosamente para que la independencia de Cuba y de las Antillas libres impida la expansión imperialista y un posible conflicto mundial por el control de la región, Martí pone en práctica su concepción del equilibrio del mundo cuyas condiciones previas de realización son: la paz y no la guerra, la libertad y no la tiranía, la ampliación de las relaciones políticas de un país al mundo entero sin limitarlas a una metrópoli. Respecto a este último punto, Cuba libre no entiende salir de una dependencia exclusiva para caer en otra, entiende demostrar su soberanía tratando con todas las potencias y conseguir así el reequilibrio que le hace falta a ella y al mundo.

---

<sup>29</sup> *Ibidem*, pp.153 y 160, respectivamente.

A la vez, sin ninguna clase de compromiso, con mucha sutileza, da a entender a los representantes europeos, cuyo comercio con Cuba se había reducido<sup>30</sup>, que en el futuro podrán ampliarlo sin las actuales trabas proteccionistas, y dice claramente a los industriales, a los negociantes y a los obreros norteamericanos, lesionados por la crisis y el desempleo, que Cuba libre absorberá parte de sus productos hoy sin vender. Muy en concreto esto significa vender más a Europa, comprar más a EEUU, reequilibrando así Cuba su balanza comercial. Notemos con qué espíritu realista y previsor declara abierta la isla a la inmigración alemana, cuando a la nación norteamericana no hace el mismo ofrecimiento: del flujo migratorio europeo (que es una realidad) el desarrollo de Cuba podría sacar partido, de un flujo del Norte (que algún día puede producirse), la nación podría sufrir serias consecuencias.

El derecho de la nación cubana a vivir como Estado independiente es indiscutible. La guerra a la que está obligada por la oposición del gobierno colonial español al derecho de los pueblos a la emancipación, no se ha emprendido sino contra ese gobierno. Por lo tanto, la lucha no es contra el español residente en Cuba ni contra los demás residentes extranjeros, y la guerra no dará a ningún gobierno extranjero motivos de descontento, resentimiento, recelo o represalia, ya que serán respetados los hombres y los bienes extranjeros que no sirvan para ahogar la libertad en Cuba. La revolución no diferencia entre pueblos ni entre estados, tratados por igual sin exclusiones ni preferencias, cualquiera que sea el sistema político imperante (monarquía o república).

Quien, con fuerza, había combatido en *Patria* la perspectiva de que Cuba fuese «factoría y pontón de un desdeñoso vecino»<sup>31</sup>, en palabras menos hirientes pero no menos fuertes, advierte dos años después a los Estados Unidos contra la insensatez que cometerían al querer entrar «de intruso en la natural lucha doméstica de la Isla favoreciendo a su clase oligárquica e inútil contra su población matriz y productora, como el imperio francés favoreció en México a Maximiliano»<sup>32</sup>.

La apertura de Cuba independiente a la humanidad es, tal vez, la idea más repetida en estos textos destinados al mundo. Martí contrapone en permanencia a la apertura prometida la cerrazón ilógica a la que España somete su rica colonia. Insiste, especialmente en el manifiesto a los norteamericanos, en las promesas nada ilusorias de dicha apertura, porque Cuba es una tierra rica y activa con enorme potencialidad para exportar y para importar, y una isla privilegiada para convertirse en emporio universal cuando se abra el canal interoceánico. La apertura de Cuba al mundo, recalca Martí, concierne a los hombres (los trabajadores que necesita), los capitales (las inversiones que acepta) y el librecomercio que quiere adoptar como sistema. «Casa amiga y comercio libre al género humano», tal es en efecto su lema.

<sup>30</sup> Considerablemente en el caso de Inglaterra y Francia respecto a la situación anterior a la guerra de los diez años. Estos dos países ya casi no compraban azúcar en Cuba.

<sup>31</sup> «El Partido Revolucionario Cubano a Cuba», *Patria*, 27 de mayo de 1893, OC, t. II, p. 349.

<sup>32</sup> OC, t. IV, p. 156.

Esta línea supone el fin de todo sistema basado en el monopolio y de todo acuerdo que introduzca una «reciprocidad» excluyente. Ni tratados bilaterales ni tratos íntimos y especiales con una potencia que conduzcan a una forma de protectorado. Queda planteada la opción estratégica de la diversificación benéfica de los mercados, que Martí expuso de modo tan convincente con motivo de la Conferencia Monetaria de 1891. Queda reafirmada la voluntad de no transigir en la defensa de la integridad de la soberanía nacional.

El delegado del PRC se expresa en nombre de un país independiente en sí y por sí, consciente del lugar excepcional que le ha deparado la Historia. Ni soberbio ni débil, no solicita, no implora, no halaga a los pueblos y los gobiernos extranjeros. Al escribir a los cónsules europeos y al dirigirse a la opinión pública norteamericana desde las tablas toscas de un vivaque de campaña, está obrando para la instauración de un orden internacional fundado en la coexistencia y la cooperación de países soberanos e iguales en derechos.